

DIARIO POLITICO

DE MALLORCA.

DEL DOMINGO 7. DE JUNIO DE 1808.

Santa Juliana y San Gervasio Martir.

POLÍTICA.

dueño absoluto del corazón del Rey y de todos los ramos de la Soberanía, podía facilmente prevenir los movi-

En otra ocasion, habiendo entrado en su caballeriza y visto que un caballo suyo no estaba cuidado á su gusto, mató con su sable á un caballerizo, cuyo rasgo denota bien la ferocidad de su genio. A veces tenia congregados en su casa á los Ministros para negocios de Estado, mientras tanto que se estaba afeytando ó chuleándose con alguna beldad. ¿Y quien es el que no los ha visto baxar de Palacio y á todos ellos tras de él cabisbaxos como unos lacayos ó pages de cola?

Su desenfrenada ambicion le hacia mirar como juego de niños las palabras de honor, las promesas, la buena fe, el afecto y la gratitud. Era extremamente voluptuoso, pero sin ninguna de aquellas delicadezas que saben algunas veces afectar hasta los hombres mas licenciosos, siendo por otra parte
in

mientos parciales, y sofocar en su origen las buenas se-

incapaz de una amable galantería con el bello sexo. No abrigaba su corazón ninguna virtud religiosa ni humana, ni menos aquella sensibilidad con que la benigna naturaleza ha gratificado á todos los humanos.

Así que en su ministerio no vemos mas que un despotismo insoportable, y un Diván peor que el de Turquía, de donde salen nuevos impuestos á qual mas gravosos, un sin número de atropellamientos, prisiones, órdenes de destierro, compradas ó vendidas por las Cortesanas del Visir, millares de infracciones de la fé pública, nuevas creaciones de Vales Reales, mil y mil providencias inútiles para la caja de amortización, y en fin todo quanto pudo imaginarse para oprimir, robar y degradar una nación noble, leal y amante de su dignidad.

Aquí correspondía hablar de sus voluptuosos festines de Madrid y Aranjuez, de su famoso sofá, de los trámites y pruebas por donde hacia pasar á los pretendientes que tenían derecho á ser favorecidos no por sus prendas personales sino por su ignominioso carácter, queriendo que todos ellos participasen del desenfreno suyo, imitando á la Zorra de la fabula, que habiendo perdido la cola, pretendia que todas sus compañeras se quitasen las suyas: aquí tocaba decir algo de sus escandalosas orgías en aquel costoso viage de los Reyes á Andalucía y Cataluña; pero no podemos prescindir de aquella sabiduría máxima que encarga Horacio á un Historiador:

Qualem commendes, etiam atque etiam aspice; ne mox incutiant aliena tibi peccata pudorem (1).

Si por lo menos este hombre hubiera hecho colocar en el Ministerio sujetos de capacidad, habria sido mas llevadera nuestra suerte. Pero ¿á quienes ha puesto al frente de los negocios? ¡Dios mio! Qué Ministros! En el término de 17. años entre tantos como ha escogido y variado, no hemos visto siquiera

uno

(1) Epist. XVIII. lib. I.

uno capaz de inspirarnos la mas leve confianza. Mas ¿como podiamos esperar lo quando nos constaba de cierto que Godoy tenia declarada guerra abierta al mérito y al talento, y que tiraba siempre á arrancar esta planta exótica, temiendo su fecundidad? ¿Ha havido por ventura en su tiempo en la nacion un sujeto ilustrado que no haya sido perseguido, calumniado ó arrinconado? ¿No ha sido esta la suerte de Cabarrus, Fundador del crédito público de España, y digno por sus talentos y servicios de haber ocupado el primer puesto del ramo de

Se continuará

Verdadero carácter de Bonaparte anunciado ya en 1796, por el discurso siguiente.

Es de crehér que este joven General de veinte y ocho años, deslumbrado con el resplandor de sus triunfos, exaltado con las memorias ilustres de la antigua Italia: seducido con el soberbio language de los Aníbalés, Scipiones y otros grandes hombres que brillaron sobre aquel théâtre, no sepa guardar, ni en sus discursos, ni en sus acciones la moderacion que la prudencia prescribe siempre, hasta á la victoria. Conviene que el Gobierno vigile sobre su juventud, no sea caso que su valor degenere en ferocidad, y despues de haber honrado á su Nacion con sus triunfos la deshonoré con sus excesos. No podemos crehér que, la última proclama de Bonaparte á los habitantes del Tirol sea conforme al espíritu que anima, segun parece, al Directorio en sus actos de política exterior; pues en nuestras relaciones con las demás Potencias es donde principalmente quiere dar á conocer mas y mas la diferencia que existe entre un gobierno constituido, y aquella especie de administracion revolucionaria que ordena el asesinato en el interior, y á fuera el robo y el incendio, y que quisiera hacer de todos los Ciudadanos otros tantos verdugos, y

de

de los soldados un ejército de incendiarios. Ha comprendido en efecto que las leyes de la guerra y las reglas del derecho de gentes deben ser cosas sagradas para un pueblo que en vano se lisongearía de hacer reynar el orden y la justicia en sus hogares, si el amor del orden y de la justicia no presidiese á sus victorias y á su conducta ácia el extranjero. Ha comprendido que era importante borrar á fuerza de lealtad y humanidad la opinion horrible que nuestro régimen revolucionario nos habia grangeado en toda Europa. Pero Bonaparte la ha olvidado en el campo de batalla, y en el entusiasmo de sus sucesos; su proclama obscurece de un golpe toda su gloria militar, y no vemos ya mas que á un incendiario en vez de un triunfador. Figuraos á este mismo Bonaparte, admirado momentaneamente en toda Europa, entrando con acha en mano; qual otro Tamerlán, en los consejos asombrados del Tirol, cargando de cadenas á sus desventurados habitantes, castigando en los parientes hasta el tercer grado, la desobediencia de los individuos rebeldes á sus órdenes injustas, y exerciendo de esta manera fuera del territorio de la Francia quanto el furor revolucionario pudo imaginar para consternar á los Ciudadanos.

Si la guerra ha ofrecido alguna vez rasgos sangrientos que la humanidad maldice, y que tal vez son muy presentes al espíritu de este alumno de la victoria; si el deseo de imitar á los hombres célebres pudo seducirle hasta el punto de hacerle aprender sus faltas y extravíos, ó mas bien, si la violacion de todas las leyes humanas y divinas, cuyo triste exemplo presenta la revolucion, le ha persuadido que basta ser vencedor para no mirar cosa alguna como sagrada; sea qual fuere en fin el motivo que le induce á sobrepujar en barbarie á los Caudillos de las bandadas salvajes, dedicados desde la infancia al incendio, al robo, y á la muerte; porque junta el escarnio á la crueldad? *Se concluirá.*

CON SUPERIOR PERMISO.

EN LA IMPRENTA DE MELCHOR GUASP.